

Novelas de Gacetas Franz Kafka 2022

RAÚL

FLORES

IRIARTE

DESPUÉS

DE

LA

NOCHE

Fra

RAÚL FLORES IRIARTE

(La Habana, 1977)

Ha ganado más de un par de docenas de concursos literarios en Cuba y también becas de creación en las ciudades de México y Shanghai. Autor de más de quince libros de ficción entre los que se pueden citar *El lado oscuro de la luna* (2000), *El hombre que vendió el mundo* (2001), *Bronceado de luna* (2003), *Días de lluvia* (2004), *Rayo de luz* (2005), *Balada de Jeannette* (2007), *La carne luminosa de los gigantes* (2008), *Paperback writer* (2010), *La chica más hermosa del mundo* (2014), *Esperando por el sol* (2015), *Extras* (2016), *Las dispersiones* (2017) y *Efectos secundarios* (2018). Cuentos y artículos suyos han sido publicados en revistas y antologías en Cuba, España, Estados Unidos, República Dominicana, Italia, Francia, México, Ecuador y Brasil.

Éditions Fra

Raúl Flores Iriarte
Después de la noche

Design Nusle(.org)
Publicado por Éditions Fra,
Šafaříkova 15, 120 00 Praha 2,
República Checa, Fra.cz, en 2022,
como su publicación Nro. 224
en la imprenta
Protisk, České Budějovice
Primera edición
BFO15

TRANSITION

Transition Promotion Program



© Éditions Fra, 2022
© Raúl Flores Iriarte, 2022
Author photo © Tomas Bican, 2022
Design © Nusle, 2022
ISBN 978-80-7521-211-5

Índice

- 9 I. Grieta Ye
20 II. Te ayudará
32 III. Inflamable
47 IV. Ni una sola alma sola para nadie más
69 V. Hale / Empuje
94 VI. Domestica tu león
108 VII. Caravaggio y los dálmatas
125 VIII. Bad
150 IX. La noche
183 X. Los nombres y las personas

I.

Soda Stereo sonaba por los audífonos del IPoD y a eso atribuyo nuestra buena suerte durante el temblor de San Miguel. Eran de música ligera las voces y las guitarras cuando los tambores se transformaron en barullo estremecedor que hizo derrumbarse un par de edificios, tambalearse los postes del alumbrado público, y derribar como fichas de dominó a las mujeres que iban a la bodega para buscar los mandados del mes.

Los cables del tendido eléctrico bailaron con los acordes entrecortados de una melodía audible solo para dioses y semidioses, antes de venirse abajo desnudos de su principal atributo: la electricidad.

Las nubes allá arriba continuaban siendo nubes, pedazos blancos y rasgados como conos de algodón de azúcar, siendo arrastradas por ligeras brisas que nada sabían de conflictos terrestres, movimientos de tierra, muerte y maravilla.

Todo duró un par de acordes, la distancia entre uno y otro verso, pero el tiempo entre nosotros no transcurría de la misma manera. En este mundo, en este tiempo, el movimiento de tierra duró lo que dura el vuelo de una paloma antes de ser devorada por el gavilán. Mucho y nada a la misma vez.

Ye me miró con ojos grandes y respiración entrecortada y yo la miré viceversa. Sentimos como la calle se abría a nuestros pies y cuando todo terminó (vuelo de paloma, acordes dos, uno y otro verso) en Calle Nueva de San Miguel del Padrón había un Hoyo Nuevo de Reciente Adquisición.

Cuando pasó el temblor estábamos a cinco metros de distancia y mirábamos el agujero que se había abierto: una abertura de forma irregular cruzada sobre el asfalto de una calle repleta de brechas irregulares, revelando tierra desprendida, tuberías desgarradas y disfuncionales, un hueco entre nosotros.

Horas después discutíamos el suceso. ¿Cuál era la probabilidad real de que hubiera sucedido lo que sucedió? Una entre un millón, una entre la distancia de aquí a la galaxia más cercana, ida y vuelta. Hablábamos sobre probabilidades y perdíamos nuestras mentes. El calor nos envolvía; las aspas del ventilador pendían inmóviles. El temblor había creado estragos en las líneas eléctricas, el suministro de agua y el tendido telefónico. La maldición de vivir en los suburbios nos golpeaba fuerte. De seguro priorizarían las zonas céntricas, los lugares turísticos, los sitios militarizados. Suponíamos que tardarían semanas en reponer la electricidad. Tal vez meses. Y quien decía la electricidad también decía el agua, el teléfono, la vida.

¿Crees que vengan rápido a arreglar la calle?, me preguntó Ye. Me encogí de hombros. Tal como andaba la cosa, mejor nos íbamos acostumbrando a tener el hueco entre nosotros. Casi todas las calles de la Habana necesitarían reparación, y muchas edificaciones se habían venido abajo. Tardarían años en fijarse en el agujero de Calle Nueva. Mejor, dirían los del Gobierno Municipal, Para que jueguen y se entretengan los niños.

Con el paso de los días, los chismes empezaron a correr. Se aumentaba la extensión de las zonas afectadas, se exageraba la cuantía de los daños, aunque todos estaban de acuerdo en cuanto al bajo número

de víctimas. Igualmente, se decía que unas cuantas potencias extranjeras vendrían a ayudarnos, que seríamos invadidos por los norteamericanos. La falta de noticias nos devoraba y ayudaba a tomar fuerza a los rumores. Sin electricidad no podíamos ver las noticias en el televisor, ni oír la radio.

La carga del IPoD duró unas cuantas horas más y después de oír un par de veces el mismo disco de Soda Stereo, me vi envuelto por los ruidos del barrio, magnificados por carencias y necesidades sin fin.

Ye y yo empezamos a andar juntos. En su casa tampoco había electricidad y el calor era insoportable. Con la excusa de observar el hueco venía casi todas las tardes. Nos sentábamos a la orilla del cisma, a los pies del abismo, a tomar té y tratábamos de adivinar la profundidad del hoyo.

Cincuenta metros, decía ella.

Cuatrocientos, decía yo.

Calculábamos profundidades como ingenieros agrónomos sin diploma, y tomábamos té con mucha azúcar.

(La Pelirroja, en cambio, nunca venía ya. Lo nuestro había terminado y ambos lo sabíamos. Yo no ganaba tanto dinero con la literatura como antes, habían cerrado muchos concursos en el país por problemas de economía y, sin dinero, la cosa con la Pelirroja no caminaba muy bien. Ya no teníamos nada en común; últimamente solo nos unía el sexo, y sexo sin ventilador no era nada recomendable).

Los niños se detenían a los pies de la grieta y no se atrevían a ir más allá. Temían aventurarse en ese espacio incognoscible dos o tres metros bajo el asfalto, del cual podían salir monstruos y criaturas oscuras

suficientes para poblar unas cuantas pesadillas. Tenían miedo. Lo llamaban La Noche.

Después de unas cuantas veces al pie del abismo yo empecé a llamarlo Grieta Ye. Suponía que todas las cosas nuevas merecen ser nombradas de distintas maneras, hasta que el nombre definitivo sea el que permanezca. Para el resto de la gente, era simplemente el Hueco. Y para los de comunales, era una estadística más, una gráfica, un obstáculo a vencer para ganar la emulación. Había decenas de agujeros semejantes por toda la capital, y serían resueltos los problemas, pero poco a poco. No había que apresurarse. Lo de la reparación se demoraría. Corría el rumor de que el municipio de Mariana había sido desplazado por el temblor y ahora yacía en el fondo de una depresión igual a esta, solo que muchísimo mayor. La geografía cambiaba, la isla se modificaba. Pero no podíamos hacerle caso a los rumores, magnificados de boca en boca hasta que la noticia original se hacía irreconocible.

Y para nosotros, este hueco era especial: el único que había en la zona. Gente de barrios vecinos venían a admirarlo. Qué grande, decían. Qué enorme.

La magnificencia de la tierra fracturada, piedra y núcleo rotos, se perdían en la adjetivación. El sustantivo «grieta», al tornarse adjetivo «grande», adjetivo «enorme», perdía poco a poco su contenido. Se banalizaba. El eterno poder de las palabras haciendo de las suyas.

La Noche, con todo su misterio.

El Hueco.

Grieta Ye, damas y caballeros.

Por las noches no se podía dormir dentro de las casas llenas de calor. Era físicamente imposible, ter-

minabas envuelto en una sábana de sudor, superficie propicia para picadas de mosquitos. La gente empezó a subir colchones para los techos, para dormir con la escasa brisa que pudiera traer la madrugada. Desde allá arriba uno se tendía sobre el concreto aún caliente del sol de la tarde y contabas estrellas u ovejas hasta que llegara el sueño.

Las noches eran silenciosas, con ese murmullo de ciudad medieval que predomina cuando no hay electricidad. Mirabas a los techos vecinos y veías siluetas de colchones y sombras de otras personas que, a su vez, también te miraban a ti.

El tercer o cuarto día, Ye me preguntó si podríamos pasar la noche juntos. El calor en su edificio era insoportable. Le dije que sí. Ya seríamos dos para intentar conciliar el sueño y contar estrellas hasta que doliera la vista.

Noches de luna llena y madrugadas de insomnio. Tiempos de adivinanza fácil y presagios del más allá. Alguien había visto una bandada de gorriones volando en contra del viento y creyó adivinar en eso el indicador de un inminente segundo temblor. Otro dijo que eso significaba que la corriente eléctrica sería reestablecida esa misma semana. Un mismo evento podía tener varias interpretaciones. Por la forma de la luna se adivinaba el sexo de los nonatos. Las nubes escribían el futuro sobre la forma abierta de tiempos pasados.

Una mañana, al despertar, encontré a Ye mirando fijamente el agujero. Yo también la miré fijamente a ella; a estas alturas casi nos podíamos leer las mentes. Adivinaba sus miradas, su pensamiento.

Escalera, dijo y le traje la escalera que uso para llegar a los libros más altos del estante. Escalera, ha-

bía dicho ella como único sustantivo. A buen entendedor, con una sola palabra basta.

Apoyó los bordes de la escalera en los bordes de la sima y bajó. Imagino que llevaba en el fondo de la pupila la misma luz de determinación que acompañaba a los descubridores de los polos, a los navegadores del Amazonas. Y por si esa luz le fallara, llevaba también una caja de fósforos.

Pero no hizo falta, porque aún había resplandor solar. Un poco de asfalto resquebrajado, capas de tierra que narraban por su posición la historia de la creación de esta cuadra, este barrio, esta ficción.

Cuando volvió a subir llevaba en los ojos la misma luz. Se mantuvo ocupada durante el resto del día en la búsqueda de ciertos implementos. Cubo, paleta, pinceles, brochas, raquetas, niveladoras, tres juegos más de escaleras, linternas, cajas de fósforos, guantes, casco.

Supuse que deseaba llegar hasta el fondo del asunto.

A la mañana siguiente le regalé una de mis novelas. Se la dediqué. La determinación de llegar al fondo de las cosas aún estaba en el fondo de su mirada.

Voy a escribir sobre ti, le conté, Voy a escribir de lo que vayas encontrando allá abajo en el confín del mundo. Sobre las cosas que vayan pasando, o las cosas que dejen de pasar.

Estuvo de acuerdo. Me preguntó cómo le iba a poner al libro, o al cuento.

No sé todavía. *Una temporada en el infierno* es un buen título. Lástima que lo hayan usado antes. De todas formas, voy a escribir sobre ti.

Con tal de que no me dejes mal parada, suspiró.

Pero yo tenía la sensación de que ella siempre cae-

ría de pie, como los gatos. No había posibilidad de que la pudiera dejar mal parada. Aunque las posibilidades, como las casualidades, no estaban escritas. Una entre un millón. De aquí hasta la galaxia más cercana. De aquí hasta sus ojos.

Ida y vuelta.

Volvió a bajar. Con todos sus artilugios y herramientas. Haciendo huecos en el Hueco para poner mejor manos y pies. Creándose un nicho dentro del nicho. Como una hormiguita dentro de un hormiguero gigantesco.

Las carreteras se habían deteriorado, el asfalto se había resquebrajado, y la tierra hecha barro, o hecha polvo, se había deslizado por todas partes. Tardarían años en las reparaciones. Los automóviles que antes deslizaban sus carrocerías a lo largo de las pequeñas avenidas ya no se hacían ver. Otro de los rumores que corría era que habían traspasado temporalmente la condición de capital a la ciudad de Matanzas. No se sabía qué había de verdadero o falso en esa información.

Por esos días comenzó un éxodo que se evidenciaba en las cosas pequeñas que tiene la vida: menos personas por las calles para desearte buenos días, multitudes ausentes en los tejados a la hora de la madrugada en que mejor se dormía. La población abandonaba la Habana en busca de otros mundos más electrificados. Suponía que los primeros en irse habrían sido los últimos en llegar, esos que habían venido desde Oriente a Occidente eran los primeros en desertar, de regreso a sus tierras baldías, pero seguras.

A todos los vimos desfilar por las calles de nuestro barrio. La Ocho Vías, carretera que enlazaba dis-

tantes provincias con la nuestra, comenzaba su recorrido donde terminaba el vecindario. Cada nuevo comienzo viene del fin de algún otro comienzo. La expansión del Barrio Obrero terminaba en la eterna longitud de la Ocho Vías. A pie, a caballo o en carretas, la gente abandonaba silenciosamente la ciudad moribunda y se internaba en una zona donde el verdor alternaba con postes derrumbados, cercas de alambre y carteles que detallaban términos tales como FIRMEZA y RESISTIR A TODA COSTA.

Por esa misma carretera habían desfilado hasta hacía pocos días los monstruos interprovinciales de marca Yutong. Ómnibus que habían desfilado por el asfalto con ambientes climatizados, ventanillas empañadas y letreros CAMAGUEY/HABANA, MOA/HABANA, HOLGUÍN/HABANA. Adquisiciones chinas que ahora cumplían sus cometidos en otras partes, un tanto más lejos de aquí. Criaturas improbables de color azul oscuro. Ya no más, ya no más. Y lo mismo se podía decir de otros automóviles o vehículos similares. Temporalmente, habían pasado a otras ficciones.

Se decía que el temblor no había sido tan grave; que parte de Playa, Altahabana, Arroyo Naranjo y Santiago de las Vegas habían permanecido invictos en su horizontalidad municipal. Pero también se decía que la sacudida había sido de tan gran magnitud que el mar se había retirado decenas de kilómetros para formar un megatsunami en su seno; una ola de dimensiones increíbles que devoraría vivo al archipiélago e islas adyacentes en su totalidad.

Tarde en la tarde, Ye emergió del Hueco con todos sus implementos a cuestas. Había estado la mayor parte del día allá adentro y, sin embargo, cuan-

do emergió, lo hizo limpia. Limpia de sudor, limpia de tierra.

Hay un pequeño manantial allá abajo, dijo, Lo encontré en uno de los declives. Agua limpia. Agua fresca.

Me enseñó el contenido de los cubos: diversas muestras de tierra y rocas correspondientes a distintas capas de profundidad. Tal vez hubiera algo del pleistoceno dentro de uno de esos cubos y nosotros sin saberlo.

Hablamos en la noche, tendidos uno junto al otro, viendo pasar jirones de nubes.

Mañana vuelvo a bajar, me dijo.

Me quedé en silencio. Dime algo que no sepa, pensé. El rumor de una tormenta se acercaba. Cabezas que se elevaban sin poder conciliar el sueño, atentas al menor atisbo de una brisa que de vez en cuando llegaba.

Es muy hondo, susurró. He puesto escaleras y amarrado sogas en sitios estratégicos. Mañana haré un puente colgante en una de las divisiones. He llenado todo de ganchos y roldanas para poder trabajar sin caerme.

Le pregunté qué pensaba hacer con la tierra que iba extrayendo. Lo más importante (qué sacaba ella con sus excavaciones, su arqueología amateur) no se lo pregunté. Imaginaba la respuesta: tener algo que hacer mientras reestablecían la electricidad, mientras volvía la vida a su curso de muerte. Decenas de personas hacían cosas parecidas. Encaje de puntos, literatura y repentismo, jugar lotería, pastorear chivas, dejar pasar el tiempo esperando algo que nunca llegaba.

Con la tierra (aseguró ella) empezaría a modelar

figuritas de barro. Distintos modelos para distintas capas de terreno. Después de hacer un número equis de figuritas podría hacer una exposición en la galería de la Virgen del Camino. O tal vez vendérselas a los turistas. Recuerdos del temblor. Imágenes condensadas de la debacle.

Imagina a un José Martí modelado en barro con la misma tierra que pisaron sus plantas. Un Hatuey hecho con barro que a lo mejor todavía contiene parte de sus cenizas. Imagínatelo.

Yo ya lo estaba viendo en mi cabeza. Un José Martí expuesto en galerías. Uno más de tantos. Solo que este estaría hecho de barro colonial. «El amor, madre, a la tierra» me parecía un buen título para la pieza.

No hablamos mucho más. Tuvimos sueños breves y agitados como alas de colibrí. Sirvieron de ruido acompañante los ecos de la tormenta que llegaba y, al amanecer, el sol se nos metió en los ojos, en las axilas, y nos levantamos cansados como si no hubiéramos dormido nada.

Parece que va a llover, dije. El cielo lucía despejado sobre nosotros, pero un poco más allá, se divisaba el rastro grisáceo de las nubes de tormenta: Llévate una capa.

Ye se encogió de hombros.

Más allá de la tercera división nada del mundo de arriba me afecta, dijo. Puede diluviar aquí que abajo ni me entero.

Volvió a bajar. No eran ni tan siquiera las ocho de la mañana y ya estaba bajando a La Noche. Los niños aún no se habían despertado. Acudirían en manadas al hueco a tirar objetos y oír el eco que hacían rebotando en las paredes. Piedras, latas vacías, dis-

cos rotos, basura. Yo suponía que si la lluvia real no afectaba a Ye, tampoco sentiría nada de esta otra lluvia artificial. La imaginé abajo, haciendo y rehaciendo su arquitectura milenaria, con un suelo de carrosos sobre su cabeza y un techo de esquistos bajo sus pies.